

THE ARCHKO VOLUME

OR THE
ARCHEOLOGICAL
WRITINGS OF THE
SANHEDRIM
& TALMUDS OF
THE JEWS

Translated by Drs. McIntosh & Twyman
of the Antiquarian Lodge, Genoa, Italy

UNABRIDGED EDITION

Carta de Poncio Pilato

A

Cesar Tiberio

Acerca de

El Arresto, Juicio y Crucifixion de Jesus

**Encontrado en el "Volumen Archko" que contienen los manuscritos
De Constantinopla y los registros de juzgados de el Senado Romano y encontrados
En el Vaticano y traducidos por los Drs. Macintosh y Twyman de la Logia de
Antiguedades de Genova Italia.**

**Estos manuscritos han sido chequeados y estan de acuerdo
Con las copias originales que se encuentran en el Museo Britanico que han
Verificado la validez del manuscrito. Esto fue verificado en Noviembre 1935.**

(Traduccion: Daniel Chirinos)

Capitulo VIII.

Notas de Valleus. Acta Pilati o Reporte de Poncio Pilato a Cesar acerca del arresto, juicio y la crucifixion de Jesus.

Valleus Paterculus, historiador Romano, tenia solamente diez y nueve años de edad cuando nacio Jesus. Se creia que sus trabajos ya no existian. Sabemos de dos historiadores que hacen referencias a sus escrituras: Priscian y Tacitus, que hablan de Valleus como descendiente de una familia equestre de Campania.

De lo que hemos encontrado en estas escrituras de Valleus, el era un amigo muy cercano de Cesar, quien lo creo bajo grados hasta que se volvio una de las grandes personalidades de Roma, y que governo la armada Romana por diez y seis años. Valleus regreso a Roma en el año 31 y termino su trabajo que se llama *Historia Romania*. Ocupo la posicion de pretorio cuando Augusto murio mientras Vinceus era consul.

Dice Valleus que cuando el estaba en la tierra de Judea conoció a un hombre llamado Jesus de Nazareth, que fue uno de los hombres con caracter mas remarcables que el ha visto o conocido; que el le tenia mas temor a Jesus que a toda la armada, porque el curaba todo tipo de enfermedad y aun resucitaba a los muertos y que cuando el maldecia las higueras o los arboles de fruta por no dar fruto, inmediatamente se marchitaban hasta las raices. Despues de referirse a los maravillosos trabajos de Jesus, dice, que aunque Jesus tenia este poder, nunca lo uso para dañar a nadie, pero en ves se miraba inclinado mas a ayudar constantemente a los pobres. Valleus dice que los Judios estaban divididos en cuanto a la opinion de Jesus, la clase pobre clamandolo como su Rey y Salvador de la autoridad de Roma, y que si Jesus levantara una armada el podria tomarse el mundo en un dia. Pero los Judios ricos de la clase alta odiaban a Jesus y lo maldecian detras de su espalda y lo llamaban un adivino y necromanser egipcio, aunque le tenian un temor como de muerte. (*Valleus Paterculus*, B. 72, encontrado en el Vaticano en Roma).

A Cesar Tiberio, Emperador de Roma

Noble Soberano, Saludos: Los eventos que han sucedido en los ultimos dias aqui en mi provincia, han sido de tan caracter y magnitud, que dare todos los detalles tal y como sucedieron, porque no me sorprenderia, que en el curso del tiempo, cambiaran el destino de nuestra nacion, porque, me da la impresion que ultimamente nuestros dioses han dejado de ser apropiados. Estoy casi listo para decir, maldito sea el dia en que reemplaze a Vallerius Flaceus en el gobierno de Judea, porque desde entonces mi vida ha sido una de constante intranquilidad y preocupacion.

Cuando llegue a Jerusalem tome posesion del Praetorium y ordene a que se preparara un gran banquete, al cual invite al Tetrarca de Galilea con sus sumos sacerdotes y oficiales. Cuando llego la hora del banquete, ningun invitado llego. Considere esto como un insulto a mi dignidad y todo el gobierno que represento. Dias despues el sumo sacerdote decidio visitarme y su semblante era uno de grave y con malicia. Pretendio que su religion le prohibia a el y a sus dignatarios el sentarse en la misma mesa que con los Romanos y comer con ellos del alimento, pero esto solo era una excusa santimoniosa, porque su semblante le traicionaba su hipocresia. Aunque en ese momento vi apropiado aceptar su excusa, desde ese momento fui convencido que el conquistado se habia declarado enemigo del conquistador y yo daria la advertencia a los Romanos de cuidarse de los sumos sacerdotes de esta nacion. Ellos traicionarian a sus propias madres para conseguir las altas oficinas de gobierno y adquirir una vida de lujos. Me da la impresion, que de todas las ciudades conquistadas, Jerusalem es la mas dificil de gobernar. La gente de la ciudad es tan turbulenta, que vivo constantemente alerta de una insurreccion. No tengo suficientes soldados para suprimirla. Solamente tenia un centurion y cien hombres a mi commando. Pedi refuerzos del Prefecto de Siria, quien me informo que el no tenia suficientes para defender su propia provincia. La sed insasiable de conquistar y extender el imperio mas alla de la habilidad de defenderlo, temo, sera la cause final de la caida de nuestro gobierno. Vivo completamente secluido de las muchedumbres, porque no se como estos sacerdotes pueden influenciar a la gente y no entiendo como trabaja la mente de esta gente.

Me dijeron que era Jesus

De todos los rumores que me llegaban a mis oidos, habia uno en particular que me llamaba la atencion. Un hombre joven, se decia, habia aparecido por la tierra de Galilea predicando de una uncion noble una nueva ley en el nombre de Dios quien lo habia mandado. Al principio estaba preocupado que su plan y disenio era uno de influenciar a la gente contra los Romanos, pero mis temores fueron calmados rapidamente. Jesus de Nazareth hablaba mas como amigo de los Romanos mas que los Judios. Un dia cuando pasaba por el lugar de Siloe, donde habia una gran congregacion de gente, observe en el medio del grupo a un hombre joven que estaba contra un arbol, calmadamente se dirigia a la multitud. Me dijeron que era Jesus. Esto yo lo sospechaba, era grande la diferencia entre el y los que lo escuchaban. Su pelo y barba dorada le daban un aspecto celestial.

Se miraba que era como de 30 años de edad. Nunca habia visto yo un semblante mas dulce y sereno. Grande era el contraste entre el y los que le escuchaban, con sus barbas negras y complexiones nativas!

Sin querer interrumpirlo con mi presencia, continúe mi caminata, pero le dije a mi secretario que se juntara al grupo para escuchar. El nombre de mi secretario es Manlius. El es el nieto de el jefe de los conspiradores que encampo en Etruria esperando por Catalina. Manlius tenia mucho tiempo de habitar en la tierra de Judea y sabe muy bien el lenguaje hebreo. El era muy fiel a mi y es digno de me confianza. Cuando entre al Praetorium me encuentre a Manlius, quien me dijo las palabras de Jesus que habia escuchado en Siloe. Nunca habia leído en los trabajos de los filosofos nada que se compare con las enseñanzas de Jesus. Uno de los Judios rebeldes, tan numerosos en Jerusalem, le pregunto a Jesus si era legal pagar tributo a Cesar, y el le respondió: "Da a Cesar lo que es de Cesar y a Dios lo que le corresponde a Dios".

Le Extendi mi Proteccion

Fue por la sabiduria de sus discursos que le di mucha libertad al Nazareno; porque existia en mi poder el poder arrestarlo y exilarlo a Pontus, pero esto hubiera sido contrario a la justicia que siempre ha caracterizado al gobierno Romano en cuanto al tratamiento de los hombres y este hombre ni era sedicioso ni un rebelde; por tanto yo le extendi mi proteccion; talvez sin saberlo el. Tenia la libertad de actuar, de hablar, de ensambalar y dirigirse a la multitud y de escojer discipulos sin ningun mandato restringido del Pretorium. Si por alguna razon aconteciera (espero que los dioses eviten tal cosa), si por alguna razon aconteciera, diria que la religion de nuestros antepasados va a ser suplantada por la religion de Jesus y sera esta noble tolerancia a quien Roma le debera su muerte prematura, mientras que yo, un pobre miserable, me volvere el instrumento de lo que los Judios llaman Providencia y lo que nosotros llamamos destino.

Esta libertad que le daba a Jesus provocaba a los Judios, no a los pobres, pero a los ricos y poderosos. De cierto Jesus era severo con los ultimos y esto era por razones politicas, y en mi opinion, por no restringir la libertad del Nazareno. "Escribas y Fariseos" les decia, "son una raza de viboras, se parecen a sepulturas pintadas, por fuera se miran blancos y puros ante los hombres, pero por dentro llevan muerte con ellos". Otras veces hablaba acerca de las ofrendas de los ricos y orgullosos, diciendoles que las ofrendas de los pobres se apreciaban mas ante los ojos de Dios. Constantes quejas diarias se hacian en el Praetorium contra las insolencias de Jesus.

Hasta me habian dicho que algo malo le iba a pasar y que no era la primera vez que Jerusalem habia matado con piedras a aquellos que se decian ser profetas. Una apelacion se hara con Cesar. Sin embargo mi conducta fue aprobada por el senado y se me prometio refuerzos cuando terminara la Guerra Parthiana.

Porque éstabamos demasiados débiles para suprimir una insurrección, resolví adoptar medidas que prometían restaurar la tranquilidad en la ciudad sin sujetar al Praetorium a una concesión humillante. Le escribí a Jesús pidiéndole una entrevista aquí en el Praetorium. El vino. Usted sabe que en mis venas corre la sangre Española mezclada con la sangre Romana y que soy incapaz de sentir temor porque es una emoción de debilidad. Cuando apareció el Nazareno caminaba yo en mi basílica y mis pies se me paralizaron como con manos de hierro al piso de mármol y temblé completamente como un culprito culpable aunque el Nazareno permanecía calmado y completamente inocente. Cuando vino a mí y se paró e hizo una señal como diciendo "Aquí Estoy" aunque no hablo ninguna palabra ni dio voz. Por un tiempo contemple con admiración y estupefacto a este extraordinario tipo de hombre, un tipo de hombre completamente desconocido por nuestros pintores y artistas, quienes han formado y pintado todos los dioses y a nuestros héroes. No existía nada en su carácter que uno puede encontrar para rechazarlo y sin embargo me sentí con admiración y temor de acercarme a él.

Finalmente dije "Jesús", y mi lengua se titubeó, "Jesús de Nazaret" por los últimos tres años yo te he dado amplia libertad de expresión y no me arrepiento de eso. Tus palabras son palabras de un sabio, no sé si has leído Sócrates o a Platón, pero de esto estoy seguro, que en tus discursos existe una simplicidad majestuosa que te elevan mucho más alto que estos filósofos. El Emperador ha sido informado acerca de esto, y yo su humilde representante en este país, estoy completamente satisfecho de haberte dado esta libertad que tanto te mereces. Sin embargo, no puedo esconder el hecho de que tus discursos te han puesto en contra de enemigos que son poderosos y sin escrúpulos. Y esto no me sorprende. Sócrates tenía sus enemigos y cayó víctima de ese odio. Tus enemigos son de doble sentido, contra ti por cuenta de tus discursos de que son severos en su conducta, y contra mí por las libertades que te he dado. Aun me acusan de estar indirectamente asociado contigo con el propósito de quitarle a los Hebreos el poco poder civil que Roma les ha dado. Mi pedido, y no digo mi orden es, de que seas más circunspecto y moderado en tus discursos en el futuro y seas más considerados con ellos, porque si no inflamaras el orgullo de tus enemigos y levanten a la población contra ti el cual me forzarán a usar los instrumentos de la ley.

Y el Nazareno calmadamente me respondió: "Príncipe de la tierra, tus palabras provienen no de una verdadera sabiduría. Podrías tú decirle a la corriente del río que pare en el cañón de la montaña; cuando corra y se lleve los árboles del valle? Entonces la corriente te responderá y dirá que obedece los reglamentos de la naturaleza y del Creador. Solamente Dios sabe cómo fluyen las corrientes de aguas. De verdad te digo, que antes que retoñe la rosa de Sharon, la sangre del justo se derramara."

"Tu sangre no será derramada" dije yo con una emoción profunda. "Tú eres mucho más valioso por la estimación de tu sabiduría que todos los turbulentos y orgullosos Fariseos quienes abusan las libertades que los Romanos les han dado. Conspiran contra César y convierten su generosidad a temor, impresionando a los que no han sido estudiados de que César es un tirano y que busca su ruina. Pobres insolentes!"

Ellos no saben que el Lobo del Tiber a veces se viste con las ropas de la oveja para alcanzar sus malvados planes. Yo te protegere contra ellos. Mi Praetorium sera un asilo para ti, sagrado dia y noche.

“Eso que esta escrito en los Libros de los Profetas tiene que cumplirse”

Y Jesus movio su cabeza y dijo con una grave y divina sonrisa: “Cuando llegue el dia no habran asilos para el hijo del hombre, ni en la tierra ni adentro de la tierra. El asilo de los justos queda alla”, señalando a las alturas de los cielos. Lo que esta escrito en los Libros de los Profetas tiene que cumplirse”.

Joven, le respondi humildemente, “Me obligaras a convertir mi pedido a una orden. La seguridad de la provincia que se me ha confiado lo requiere. Tienes que observar mas moderacion en tus discursos. Por favor no me hagas dar la orden. Tu sabes las consecuencias. Mi felicidad te atiende. Hasta Pronto”.

No Vengo a traer Guerra al mundo, pero Paz, Amor y Caridad.

“Principe de la Tierra”, contesto Jesus, “Vengo no a traer guerra al mundo, pero paz, amor y caridad. Naci el mismo dia en el cual Cesar Augusto trajo paz al mundo Romano. Las persecuciones no proceden de mi. Lo espero de otros y lo confrontare en obediencia a la voluntad de mi Padre, quien me ha enseñado el camino. Restringe entonces tu prudencia terrenal. No existe en tu poder el arrestar a la victima al pie del tabernaculo de la expiacion.”

Y diciendo esto, desaparecio como una sombra brillante detras de las cortinas de la basilica, para mi gran beneficiencia, porque sentia un gran peso en mi, el cual no me lo podia quitar mientras estaba en su presencia.

Jesus parece ser uno de esos grandes filosofos que grandes naciones de vez en cuando producen

A Herodes, quien reinaba en Galilea, los enemigos de Jesus se dirigian para planear la venganza contra el Nazareno. Si el asunto hubiera dependido de Herodes, este hubiera ordenado la muerte de Jesus sin perdida de tiempo, pero como era orgulloso de su dignidad real, vacilaba en cometer este acto que hubiera debilitado su influencia con el Senado Romano o como yo, le tenia miedo a Jesus. Aunque nunca un Romano se atemorizaba por un Judio. Antes de todo esto, Herodes vino a visitarme al Praetorium y cuando ya se iba me pregunto cual era mi opinion acerca de el Nazareno.

Yo le respondi que me daba la impresion que Jesus era uno de esos grandes filosofos que grandes naciones de vez en cuando producen y que su doctrina no era sacrilegia y que las intenciones de Roma eran de dejarlo hacer con libertad de expression que eran justificadas por sus acciones. Herodes se sonrio maliciosamente y saludandome con un respeto ironico, departio.

Clamaban por la muerte del Nazareno

La gran fiesta de los Judios se acercaba y sus intenciones eran de dotarse de exultaciones populares como acostumbraban hacer durante las solemnidades de la Pascua. La ciudad estaba llena de la poblacion tumultuosa y todos clamaban por la muerte del Nazareno. Mis emisarios me dijeron que el tesoro del templo habia sido usado para sobornar a la gente. El peligro era inminente. El Centurion Romano habia sido insultado. Le escribi al Prefecto de Siria a que me mandara cien hombres y tambien cien hombres a caballo. Pero el declino. Me encontré completamente solo con unos cuantos veteranos en medio de una ciudad rebelde, demasiado debil para suprimir la rebellion y no tuve otra opcion que la de tolerarla. Habian capturado a Jesus y con el la sedisiosa multitud aunque no tenian nada de que temer de parte del Praetorium, creyendo como sus lideres les habian dicho que yo no haria nada para parar la rebellion y ellos continuaban vociferando y clamando: "Crucifiquenlo"!, "Crucifiquenlo"!

Tres grupo politicos poderosos se habian combinado en contra de Jesus. Primero estaban los Herodianos y los Saduceos cuya sedicion y su conducta procedian de doble motivo: odiaban al Nazareno y eran completamente impacientes contra el yugo de Roma. Nunca me perdonaron por haber entrado a su ciudad con banderas que llevaban la imagen del emperador Romano y aunque en ese instante cometi un error fatal el sacrilegio que hize no se miraba como una gran falta en sus ojos. Otra propuesta que yo habia hecho tambien les perturbaba. Habia propuesto usar parte de los fondos del tesoro del templo para hacer edificios de uso publico. Mi propuesta fue completamente rechazada y burlada. Los Fariseos eran los grandes enemigos de Jesus. A ellos no les importaba el gobierno. Ellos guardaban con gran rancor severo las reprimendas que el Nazareno les habia dado por el espacio de tres años donde quiera que iba. Timidos y debiles para actuar por su propia cuenta, ellos tambien pasaron a ser parte de la queja de los Herodianos y Saduceos. Ademas de estos tres partidos politicos, yo tambien tenia que contender contra la multitud que siempre estaban listos para unirse a la sedicion para beneficiarse del desorden y la confusion que resultaba de esto.

Condenado a Muerte

Jesus fue arrastrado ante el Sumo Sacerdote y condenado a muerte. Fue entonces que el Sumo Sacerdote, Caifas, hizo un acto divisorio de submission. Fue entonces que me envio a su prisionero para confirmar su condena y asegurar su ejecucion. Yo le respondi que como Jesus era de Galilea, el caso estaba bajo la jurisdiccion de Herodes y ordene que se le enviase a el. El debil tetrarca profesando humildad y protestando me envio de regreso al prisionero y puso la responsabilidad de su vida en mis manos. En poco tiempo mi palacio se volvio como un fuerte bajo ataque. Cada momento que pasaba el numero de la multitud aumentaba mas y mas. Jerusalem estaba inundada con gente de las montañas de Nazaret. Me daba la impresion que toda Judea habia descendido a la ciudad.

Cuidado, Cuidado y no toques a este Hombre, porque el es Sagrado

Yo habia tomado una esposa de entre los Galicios, que pretendia ver en el futuro. Llorando y tirandose a mis pies me dijo: Cuidado, Cuidado y no toques a este Hombre, porque el es Sagrado. Lo vi anoche en una vision. El caminaba sobre las aguas y volaba en las alas del viento. El le hablaba a la tempestad y a los peces de los lagos y todos le obedecian. Mira que las torrents del Monte Hedron corren con sangre, las estatuas de Cesar estan llenas de veneno, las columnas del interior se han caido y el sol esta de luto como pedestals de las tumbas. Ah! Pilato la maldad y lo diabolico te esperan. Si no le escuchas a los juramentos de tu esposa, recibiras las maldiciones del senado Romano y de Cesar.

En esos momentos el marmol de la escalinata y del piso se estremecian con el peso de la multitud. El Nazareno fue traído a mi presencia. Procedi entonces a los salones de la jucticia seguido de mis guardias y pregunte a la multitud que era lo que demandaban.

“La muerte del Nazareno” respondieron.

“Por cual crimen?”

“El ha blasfemado, ha profetizado las ruinas del templo, se dice llamar el Hijo de Dios, El Mesias y Rey de Los Judios.

“La Justicia Romana” dije yo, “No condena tales ofensas con la muerte”.

Crucifiquenlo!, Crucifiquenlo!

“Crucifiquenlo, Crucifiquenlo!” lloraba la multitud rebelde. Las voces de la furiosa multitud hacian temblar las fundaciones del palacio. Solamente habia uno que estaba muy calmo en medio de esta conmocion y era este el Nazareno! Despues de muchos atentados para protejerlo de la furia de sus persegidores, adopte una medida que al momento me daba la impresion era la unica manera de salvarle la vida. Hice la propuesta de, como era la costumbre de ellos de librar a un prisionero como se hacia en esas ocasiones, para liberar a Jesus y dejarlo ir para que se volviera el exilado como le llamaban, pero ellos respondieron de que lo querian crucificado.

Despues de esto les hable acerca de las inconsistencias de sus acciones y como iban en contra de sus propias leyes, mostrandoles que ningun juez criminal podia someter sentencia sin que antes el criminal ayunara por todo un dia y que la sentencia tenia que ser aprobada por el consejo del Sanedrin y se requeria la firma del presidente de la corte y que el criminal no podia ser ejecutado el mismo dia de su sentencia y que al dia siguiente el Sanedrin tenia que revisar el caso de nuevo y que tambien, de acuerdo a sus leyes un guardia se establecia en la puerta de la corte con una bandera y otro a una distancia corta montado a caballo llamando el nombre del criminal y su crimen y los nombres de sus testigos y saber si alguien podia testificar en su nombre y que el prisionero en camino a su ejecucion tenia el derecho de voltearse tres veces y apelar cualquier asunto nuevo en su caso. Yo señale todas esta inconsistencias con las esperanzas de que se apaciguaran, pero ellos continuaban clamando: “Crucifiquenlo!, Crucifiquenlo!”

Pedi entonces una vasija y me lave las manos

Despues ordene a que le dieran latigazos, esperando que talvez esto los iba a satisfacer; pero solamente los enfurecio mas. Fue entonces que pedi una vasija y me lave las manos en la presencia de esta multitud clamorosa; testificando y dando testimonio de esta manera que en mi opinion Jesus de Nazaret no habia hecho nada malo para recibir la condena de muerte, pero todo en vano. Era la vida de el que estos desgraciados querian.

Varias veces en nuestras manifestaciones civiles he visto el enojo y la furia de la multitud, pero nunca habia visto algo parecido como lo que estaba viendo en esta ocasion. Creo que seria apropiado decir que todos los fantasmas de las regions infernales se habian aglomerado en la ciudad de Jerusalem. La multitud parecia que no caminaban pero como que iban adentro de un molino de viento, moviendose de un lado a otro como olas vivientes desde los portales del Praetorium hasta el Monte de Sion, con gritos espantosos, lamentos y vociferations de esas que nunca se habian oido ni en las rebeliones de Pannonia o en los tumultos del foro.

Poco a poco y por grados el día se empezó a oscurecer como un atardecer de invierno, como sucedió durante la muerte del gran Julio César. Era como las tinieblas de Marzo. Yo el gobernador continuo de una provincia rebelde, me arrimaba a la columna de la basílica contemplaba con asombro y consternación como estos amigos de Tartarus arrastraban a la ejecución al pobre inocente Nazareno. Alrededor mío todo estaba desierto. Jerusalem estaba vomitando a todos sus habitantes que pasaban al funeral por las puertas que conducían a Gemonias. Un aire de desolación y tristeza me llenaban completamente. Mis guardias se habían unido al calvario y mi centurión con aire de gran poder era encargado de mantener el orden. Yo me quede solo y mi corazón quebrado me amonestaba diciéndome que lo que estaba sucediendo correspondía más a la historia de los dioses que a la historia de los hombres. Un clamor resonante se escuchaba que provenía de Golgota, cual cuando se escuchaba a través del viento, como que anunciaba una agonía como nunca oídos humanos habían escuchado. Nubes negras se acumularon a baja altura sobre el pináculo del templo y cuando bajaron sobre la ciudad se miraba como un velo de luto. Tan espantosas eran las señales que los hombres vieron ese día en los cielos y en la tierra, que se reporta que Dionisio el Aeropagita exclamó: "¡O el creador de la naturaleza está sufriendo o el universo se está desmoronando!"

Mientras estas increíbles escenas de la naturaleza ocurrían, hubo un terremoto terrible en el bajo Egipto; cual lleno a todos de un gran temor, y espanto a los supersticiosos Judíos casi de muerte. Se dice que Baltazar, un anciano y estudiado Judío de Antioquia se le encontró muerto después que pasó toda la conmoción. Si murió de alarma o de dolor o tristeza no se sabe. Porque él era un buen amigo del Nazareno.

El Sacrificio Fue Consumado

Cerca de la primera hora de la noche, me puse mi túnica alrededor de mí y fui a la ciudad a través de las puertas que conducen a Golgota. El sacrificio había sido consumado. La multitud regresaba a sus casas, sigiendo todavía agitados y en verdad se miraban tristes, taciturnos y desesperados. Lo que habían visto los llenaba de terror y remordimiento. También vi a mi soldado que llevaba la insignia del águila Romana que la llevaba como un token de dolor y tristeza y también escuché a los soldados Judíos murmurando palabras las cuales no entendí. Otros hablaban acerca de los milagros que les suceden a los Romanos por medio de la voluntad de los dioses. Otras veces, grupos de hombres y mujeres se paraban para ver al Monte del Calvario y se mantenían allí sin moverse, esperando con gran expectación otro nuevo prodigio.

Todos se agachaban como Cobardes

Yo retorne al Praetorium triste y pensativo. Cuando subia la escalinata, las gradas de las cuales todavia estaban manchadas con la sangre del Nazareno, percibi a un anciano en una posicion de suplica y detras de el varios Romanos que estaban llorando. Se tiro a mis pies y lloraba angustiadamente. Es bien doloroso ver a un anciano llorar y yo tambien con mi corazon destrozado por el dolor, aunque no nos conociamos, lloramos juntos. Y la verdad es que parecia que las lagrimas de la gente se agotaban en ese dia y muchos lloraban en el vasto curso de la gente. Nunca habia visto tanto sentimiento de dolor. Todos aquellos que lo traicionaron y lo vendieron, aquellos que habian testificados contra el, aquellos que habian clamado "Crucifiquenlo, queremos su sangre", todos estos se agachaban como ratas cobardes y se lavaban los dientes con vinagre. Como se me habia dicho que Jesus ensefiaba acerca de la resurreccion y la separacion de los cuerpos despues de la muerte, si hubiera tal evento, estoy seguro que comenzaba en esta gran multitud. "Padre", le dije a el, despues de haber controlado mis sentimientos, quien eres y cual es tu pedido?"

Permiso para sepultar al Nazareno

"Yo soy Jose de Arimatea", me respondio, "he venido a rogarte de rodillas para que me des permiso para sepultar a Jesus de Nazaret".

"Tu oracion se te sea concedida" le respondi, y al mismo tiempo le ordene a Manlius a que juntara un grupo de soldados con el para supervisar el entierro, no sea que fuera profanado.

Dias despues el sepulcro fue encontrado vacio. Sus discipulos proclamaban a traves de la nacion que Jesus habia resucitado de entre los muertos, tal y como lo habia profetizado. Esto creo mucha mas consternacion que aun la misma crucifixion. En cuanto a la verdad del caso yo no lo puedo decir con certes, pero hice una investigacion acerca del caso, para que tu puedas examinar por tu propia cuenta si yo estoy en error, como dice Herodes.

Jose de Arimatea, enterro a Jesus en su propia tumba. Si contemplaba su resurreccion o calculaba hacer otra tumba, eso no lo se. El dia despues de haber sido sepultado en la tumba uno de los sacerdotes vino a visitarme al Praetorium y me dijo que temia que los discipulos pensaban en robar el cuerpo de Jesus y esconderlo para despues pretender que habia resucitado, tal y como lo habia dicho, de lo cual ellos estaban completamente convencidos. Lo envie entonces al capitan de la guardia real (Malcus) y que le dijera que tomara a los soldados Judios y a todos los que pudiera y que los pusiera alrededor de la tumba. De esta manera si algo pasaba que entonces se culparan a ellos mismos en vez de los Romanos.

Cuando el gran excitamiento surgió acerca de haber encontrado la sepultura vacía, me sentí con un gran sentimiento de cuidado profundo. Mandé a llamar a Malcus, quien me informó que había puesto a su guardia principal, Ben Isham, junto con cien hombres alrededor de la sepultura. El me dijo que ellos estaban muy alarmados con los eventos que habían sucedido allí esa mañana. Yo envié por este hombre Isham, quien me dijo, de la mejor manera que él se puede acordar, las siguientes circunstancias: El me dijo que aproximadamente al principio de la cuarta guardia, vieron una hermosa y suave luz sobre la sepultura. Al principio creyó que las mujeres habían venido a embalsamar el cuerpo de Jesús, como era su costumbre, pero no se podía imaginar cómo habían pasado a través de los guardias. Mientras estos pensamientos me cruzaban por la mente, de repente todo el lugar se llenó de luz y se miraba una multitud de los muertos con sus linajes de muertos. Todos estaban alabando y estaban llenos de éxtasis, mientras que todo a nuestro alrededor y arriba de nosotros se escuchaba la música más bella que yo he oído y todo el ambiente y todo el aire se sentía como lleno de voces todos alabando a Dios. En este entonces sentí como un movimiento y como un nado en la tierra que me sentí como que me desmayaba y no me podía mantenerme de pie. Decía que la tierra se sentía como que estaba nadando debajo de sus pies y sus sentidos lo abandonaron de tal manera que no supo lo que sucedió. Entonces le pregunté en qué condición estaba cuando recobró su conocimiento? Y él me respondió diciendo que se encontraba en el suelo con su cara contra la tierra. Le pregunté que si era posible que tal vez se había equivocado en cuanto a la luz. Acaso no era la luz del día que se aproximaba del este? Me dijo que al principio él había pensado en eso, pero que a pocos pies de allí estaba completamente oscuro, y después se acordó que era muy temprano para ser de día. Le pregunté que tal vez su mareo había surgido por haberse levantado muy rápido cuando uno se levanta del sueño, como ocurre muchas veces cuando uno se levanta rápidamente. El me dijo que no y que no había dormido toda la noche porque la pena y el castigo es una de muerte por el dormirse en la obligación de la vigilia. Me dijo que él le había dado permiso a alguno de sus soldados a que durmieran por un rato. Algunos estaban durmiendo. Le pregunté cuánto tiempo creyó él que duró el evento? Me dijo que en verdad no sabía, pero que creía que aproximadamente una hora. Me dijo que el evento había sido escondido por la luz del día. Le pregunté si se había ido al sepulcro después del evento y después de haber despertado? Me dijo que no pues tenía miedo, pues en cuanto vino otro grupo de guardias todos se fueron a sus cuarteles. Le pregunté si había sido interrogado por los sacerdotes? Y me dijo que sí. Ellos querían que dijera que había sido un terremoto, y que estaban dormidos y le ofrecieron dinero para decir que los discípulos habían venido a robar el cuerpo de Jesús, pero que él no había visto a ningún discípulo y que no sabía que el cuerpo había desaparecido hasta que se lo dijeron después. Le pregunté si sabía cuál era la opinión privada de esos sacerdotes que lo habían interrogado? El me dijo que unos de ellos pensaban que Jesús no era un hombre; que no era un ser humano, que no era el hijo de María, que no era el mismo que había nacido de la Virgen en Betleem, que la misma persona había estado en la tierra antes con Abraham y Lot y en muchos lugares y tiempos.

Me parece que si la teoria Judia es cierta, entonces las conclusions son correctas, porque estan de acuerdo con la vida de este hombre, tal y como se sabe y se testifica por ambos amigos y enemigos, porque los elementos no estan en las manos como el barro esta en la manos del alfarero. El podia convertir agua en vino; podia cambiar la muerte a la vida; enfermedad a salud; podia calmar los mares y las tormentas; podia llamar a los peces con monedas de plata en sus bocas. Ahora digo, que si el podia hacer todas estas cosa, las cuales hizo y muchas mas como muchos Judios testifican y haciendo todas estas cosas que crearon enemistad contra el; el no fue acusado de offensas criminals, ni fue acuzado por violar ninguna ley, ni de hacerle daño a ningun individuo en persona y todo esto se sabe por miles de personas tanto como sus amigos y enemigos, por todas esta cosas; estoy dispuesto a decir, como Manlius lo dijo al pie de la cruz: "En verdad este fue el Hijo de Dios".

Ahora noble Soverano, esta es la manera mas exacta como puedo describir estos eventos de este caso y he tomado mucho dolor para describir los eventos de tal manera que puedas tu juzgar mi conducta total, como escucho que Antipater ha hablado mucha cosas duras contra mi en este asunto. Con la promesa de fialdad y buenos deseos a mi noble Soverano, soy su mas fiel y obediente siervo,

Poncio Pilato

PILATE'S LETTER

To

TIBERIUS CAESAR

Concerning

ARREST – TRIAL – CRUCIFIXION OF JESUS

From the "Archko Volume" containing manuscripts in Constantinople and the records of the Senatorial docket taken from the library at Rome translated by Drs. Macintosh and Twyman of the Antiquarian Lodge, Genoa, Italy.

This has been checked and is in accord with the copy of the original lodged in a British Museum which has verified the accuracy of the transcription. It was verified in November, 1935.

TO TIBERIUS CAESAR, EMPEROR OF ROME

Noble Sovereign, Greetings: The events of the last few days in my province have been of such a character that I will give the details in full as they occurred, as I should not be surprised if, in the course of time, they may change the destiny of our nation, for it seems of late that all the gods have ceased to be propitious. I am almost ready to say, Cursed be the day that I succeeded Vallerius Flaccus in the government of Judea; for since then my life has been one of continual uneasiness and distress.

On my arrival at Jerusalem I took possession of the Praetorium, and ordered a splendid feast to be prepared, to which I invited the Tetrarch of Galilee, with the high priest and his officers. At the appointed hour no guests appeared. This I considered an insult offered to my dignity, and the whole government which I represent. A few days after the high priest deigned to pay me a visit, his deportment was grave and deceitful. He pretended that his religion forbade him and his attendants to sit at the table of the Romans, and eat and offer libations with them, but this was only a sanctimonious seeming, for his very countenance betrayed his hypocrisy. Although I thought it expedient to accept his excuse, from that moment I was convinced that the conquered had declared themselves the enemy of the conquerors; and I would warn the Romans to beware of the high priests of this country. They would betray their own mother to gain office and a luxurious living. It seems to me that, of conquered cities, Jerusalem is the most difficult to govern. So turbulent are the people that I live in momentary dread of an insurrection. I have not soldiers sufficient to suppress it. I had only one centurion and a hundred men at my command. I requested a reinforcement from the Prefect of Syria, who informed me that he had scarcely troops sufficient to defend his own province. An insatiate thirst for conquest to extend our empire beyond the means of defending it, I fear, will be the cause of the final overthrow of our whole government. I lived secluded from the masses, for I do not know what those priests might influence the rabble to do; yet I endeavored to ascertain, as far as I could, the mind and standing of the people.

I WAS TOLD IT WAS JESUS

Among the various rumours that came to my ears there was one in particular that attracted my attention. A young man, it was said, had appeared in Galilee preaching with a noble unction a new law in the

name of the God who had sent him. At first I was apprehensive that his design was to stir up the people against the Romans, but my fears were soon dispelled. Jesus of Nazareth spoke rather as a friend of the Romans than of the Jews. One day in passing by the place of Siloe, where there was a great concourse of people, I observed in the midst of the group a young man who was leaning against a tree, calmly addressing the multitude. I was told it was Jesus. This I could easily have suspected, so great was the difference between him and those listening to him. His golden-colored hair and beard gave to his appearance a celestial aspect. He appeared to be about thirty years of age. Never have I seen a sweeter or more serene countenance. What a contrast between him and his hearers, with their black beards and tawny complexions!

Unwilling to interrupt him by my presence, I continued my walk, but signified to my secretary to join the group and listen. My secretary's name is Manlius. He is the grandson of the chief of the conspirators who encamped in Etruria waiting for Cataline. Manlius had been for a long time an inhabitant of Judea, and is well acquainted with the Hebrew language. He was devoted to me, and worthy of my confidence. On entering the Praetorium I found Manlius, who related to me the words Jesus had pronounced at Siloe. Never have I read in the works of the philosophers anything that can compare to the maxims of Jesus. One of the rebellious Jews, so numerous in Jerusalem, having asked Jesus if it was lawful to give tribute to Caesar, he replied: "Render unto Caesar the things that belong to Caesar, and unto God the things that are God's."

I EXTENDED TO HIM MY PROTECTION

It was on account of the wisdom of his sayings that I granted so much liberty to the Nazarene; for it was in my power to have him arrested, and exiled to Pontus; but that would have been contrary to the justice which has always characterized the Roman Government in all its dealings with men; this man was neither seditious nor rebellious; I extended to him my protection, unknown perhaps to himself. He was at liberty to act, to speak, to assemble and address the people, and to choose disciples, unrestrained by a Paraetorian mandate. Should it ever happen (may the gods avert the omen!) should it ever happen, I say that the religion of our forefathers will be supplanted by the religion of Jesus, it will be this noble toleration that Rome shall owe her premature death, while I, miserable wretch, will have been the instrument of what the Jews call Providence, and we call destiny.

This unlimited freedom granted to Jesus provoked the Jews — not the poor, but the rich and powerful. It is true Jesus was severe on the latter, and this was a political reason, in my opinion, for not restraining the

liberty of the Nazarene. "Scribes and Pharisees" he would say to them, "you are a race of vipers; you resemble painted sepulchres; you appear well unto men, but you have death within you." At other times he would sneer at the alms of the rich and proud, telling them that the mite of the poor was more precious in the sight of God. Complaints were daily made at the Praetorium against the insolence of Jesus.

I was even informed that some misfortune would befall him; that it would not be the first time that Jerusalem had stoned those who called themselves prophets; an appeal would be made to Caesar. However, my conduct was approved by the Senate, and I was promised a reinforcement after the termination of the Parthian War.

Being too weak to suppress an insurrection, I resolved upon adopting a measure that promised to restore the tranquility of the city without subjecting the Praetorium to humiliating concession. I wrote to Jesus requesting an interview with him at the Praetorium. He came. You know that in my veins flows the Spanish mixed with Roman blood as incapable of fear as it is of weak emotion. When the Nazarene made his appearance I was walking in my basilic, and my feet seemed fastened with an iron hand to the marble pavement, and I trembled in every limb as does a guilty culprit, though the Nazarene was as calm as innocence itself. When he came up to me he stopped, and by a signal sign he seemed to say to me, "I am here," though he spoke not a word. For some time I contemplated with admiration and awe this extraordinary type of man — a type of man unknown to our numerous painters, who have given form and figure to all the gods and the heroes. There was nothing about him that was repelling in its character, yet I felt too awed and tremulous to approach him.

"Jesus," said I unto him at last — and my tongue faltered — "Jesus of Nazareth, for the last three years I have granted you ample freedom of speech; nor do I regret it. Your words are those of a sage — I know not whether you have read Socrates or Plato, but this I know, there is in your discourses a majestic simplicity that elevates you far above those philosophers. The Emperor is informed of it, and I, his humble representative in this country, am glad of having allowed you this liberty of which you are so worthy. However, I must not conceal from you that your discourses have raised up against you powerful and inveterate enemies. Nor is this surprising. Socrates had his enemies, and he fell a victim to their hatred. Yours are double incensed — against you on account of your discourses being so severe upon their conduct; against me on account of the liberty I have afforded you. They even accuse me of being indirectly leagued with you for the purpose of depriving the

Hebrews of the little civil power which Rome has left them. My request — I do not say my order — is, that you be more circumspect and moderate in your discourses in the future, and more considerate of them, lest you arouse the pride of your enemies, and they raise against you the stupid populace, and compel me to employ the instruments of law."

The Nazarene calmly replied: "Prince of the earth, your words proceed not from true wisdom. Say to the torrent to stop in the midst of the mountain-gorge: it will uproot the trees of the valley. The torrent will answer you that it obeys the laws of nature and the Creator. God alone knows whither flows the waters of the torrent. Verily I say unto you, before the rose of Sharon blossoms the blood of the just shall be spilt."

"Your blood shall not be spilt," said I, with deep emotion: "You are more precious in my estimation on account of your wisdom than all the turbulent and proud Pharisees who abuse the freedom granted them by the Romans. They conspire against Caesar, and convert his bounty into fear, impressing the unlearned that Caesar is a tyrant and seeks their ruin. Insolent wretches! They are not aware that the wolf of the Tiber sometimes clothes himself with the skin of the sheep to accomplish his wicked designs. I will protect you against them. My Praetorium shall be an asylum, sacred both day and night."

"THAT WHICH IS WRITTEN IN THE BOOKS OF THE PROPHETS MUST BE ACCOMPLISHED"

Jesus carelessly shook his head, and said with a grave and divine smile: "When the day shall come there will be no asylums for the son of man, neither in the earth nor under the earth. The asylum of the just is there, pointing to the heavens. That which is written in the books of the prophets must be accomplished."

"Young man," I answered mildly, "You will oblige me to convert my requests into an order. The safety of the province which has been confided to my care requires it. You must observe more moderation in your discourses. Do not infringe my order. You know the consequences. May happiness attend you. Farewell."

"I COME NOT TO BRING WAR INTO THE WORLD, BUT PEACE, LOVE, AND CHARITY."

"Prince of the earth," replied Jesus, "I come not to bring war into the world, but peace, love, and charity. I was born the same day on which Augustus Caesar gave peace to the Roman world. Persecutions proceed not from me. I expect it from others, and will meet it in obedience to the

will of my Father, who has shown me the way. Restrain, therefore, your worldly prudence. It is not in your power to arrest the victim at the foot of the tabernacle of expiation."

So saying, he disappeared like a bright shadow behind the curtains of the basilic — to my great relief, for I felt a heavy burden on me, of which I could not relieve myself while in his presence.

JESUS APPEARED TO BE ONE OF THOSE GREAT PHILOSOPHERS THAT GREAT NATIONS SOMETIMES PRODUCE

To Herod, who then reigned in Galilee, the enemies of Jesus addressed themselves, to wreak their vengeance on the Nazarene. Had Herod consulted his own inclinations, he would have ordered Jesus immediately be put to death; but, though proud of his royal dignity, yet he hesitated to commit an act that might lessen his influence with the Senate, or like me, was afraid of Jesus. But it would never do for a Roman officer to be scared by a Jew. Previously to this, Herod called on me at the Praetorium, and, on rising to take leave, after some trifling conversation asked me what was my opinion concerning the Nazarene. I replied that Jesus appeared to me to be one of those great philosophers that great nations sometimes produced; that his doctrines were by no means sacrilegious, and that the intentions of Rome were to leave him to that freedom of speech which was justified by his actions. Herod smiled maliciously, and, saluting me with ironical respect, departed.

CLAMORING FOR THE DEATH OF THE NAZARENE

The great feast of the Jews was approaching, and the intention was to avail themselves of the popular exultation which always manifests itself at the solemnities of the Passover. The city was overflowing with a tumultuous populace, clamoring for the death of the Nazarene. My emissaries informed me that the treasure of the temple had been employed in bribing the people. The danger was pressing. A Roman centurion had been insulted. I wrote to the Prefect of Syria for a hundred foot soldiers and as many cavalry. He declined. I saw myself alone with a handful of veterans in the midst of a rebellious city, too weak to suppress an uprising, and having no choice left but to tolerate it. They had seized upon Jesus, and the seditious rabble, although they had nothing to fear from the Praetorium, believing, as their leaders had told them, that I winked at their sedition, continued vociferating: "Crucify him! Crucify

him!"

Three powerful parties had combined together at that time against Jesus. First, the Herodians and Sadducees, whose seditious conduct seemed to have proceeded from double motives: they hated the Nazarene and were impatient of the Roman yoke. They never forgave me for having entered the holy city with banners that bore the image of the Roman emperor; and although in this instance I had committed a fatal error, yet the sacrilege did not appear less heinous in their eyes. Another grievance also ranked in their bosoms. I had proposed to employ a part of the treasure of the temple in erecting edifices for public use. My proposal was scorned. The Pharisees were the avowed enemies of Jesus. They cared not for the government. They bore with bitterness the severe reprimands which the Nazarene for three years had been continually giving them wherever he went. Timid and too weak to act by themselves, they had embraced the quarrels of the Herodians and the Sadducees. Besides these three parties, I had to contend against the reckless and profligate populace, always ready to join a sedition, and to profit by the disorder and confusion that resulted therefrom.

CONDEMNED TO DEATH

Jesus was dragged before the High Priest and condemned to death. It was then that the High Priest, Caiaphas, performed a divisory act of submission. He sent his prisoner to me to confirm his condemnation and secure his execution. I answered him that, as Jesus was a Galilean, the affair came under Herod's jurisdiction, and ordered him to be sent thither. The wily Tetrarch professed humility, and protesting his deference to the lieutenant of Caesar, he committed the fate of the man to my hands. Soon my palace assumed the aspect of a besieged citadel. Every moment increased the number of malcontents. Jerusalem was inundated with crowds from the mountains of Nazareth. All Judea appeared to pouring into the city.

"BEWARE, BEWARE, AND TOUCH NOT THAT MAN; FOR HE IS HOLY."

I had taken a wife from among the Gauls, who pretended to see into futurity. Weeping and throwing herself at my feet she said to me: "Beware, Beware, and touch not that man; for he is holy. Last night I saw him in a vision. He was walking on the waters; he was flying on the wings of the wind. He spoke to the tempest and to the fishes of the lake; all were obedient to him. Behold, the torrent of Mount Hedron flows with blood,

the statues of Caesar are filled with gemonide; the columns of the interium have given away and the sun is veiled in mourning like a vestal in the tomb. Ah! Pilate, evil awaits thee: If thou wilt not listen to the vows of thy wife, dread the curse of a Roman Senate; dread the frowns of Caesar."

By this time the marble stair groaned under the weight of the multitude. The Nazarene was brought back to me. I proceeded to the halls of justice, followed by my guard, and asked the people in a severe tone what they demanded.

"The death of the Nazarene," was the reply.

"For what crime?"

"He has blasphemed; he has prophesied the ruin of the temple; he calls himself the Son of God; the Messiah, the King of the Jews."

"Roman justice," said I, "punishes not such offenses with death."

**"CRUCIFY HIM!
CRUCIFY HIM!"**

"Crucify him! Crucify him!" cried the relentless rabble. The vociferations of the infuriated mob shook the palace to its foundations.

There was but one who appeared to be calm in the midst of the vast multitude; it was the Nazarene. After many fruitless attempts to protect him from the fury of his merciless prosecutors, I adopted a measure which at the moment appeared to me to be the only one that could save his life. I proposed, as it was their custom to deliver a prisoner on such occasions, to release Jesus and let him go free, that he might be the scapegoat, as they called it; but they said Jesus must be crucified. I then spoke to them of the inconsistency of their course as being incompatible with their laws, showing that no criminal judge could pass sentence on a criminal unless he had fasted one whole day; and that the sentence must have the consent of the Sanhedrin, and the signature of the president of that court; that no criminal could be executed on the same day his sentence was fixed, and the next day, on the day of his execution, the Sanhedrin was required to review the whole proceeding; also, according to their law, a man was stationed at the door of the court with a flag, and another a short way off on horseback to cry the name of the criminal and his crime, and names of his witnesses and to know if anyone could testify in his favor; and the prisoner on his way to execution had the right to turn back three times, and to plead any new thing in his favor. I urged all these pleas, hoping they might awe them into subjection; but they still cried, "Crucify him! Crucify him!"

I THEN CALLED FOR A BASIN, AND WASHED MY HANDS

I then ordered Jesus to be scourged, hoping this might satisfy them; but it only increased their fury. I then called for a basin, and washed my hands in the presence of the clamorous multitude, thus testifying that in my judgment Jesus of Nazareth had done nothing deserving of death; but in vain. It was his life these wretches thirsted for.

Often in our civil commotions have I witnessed the furious anger of the multitude, but nothing could be compared to what I witnessed on this occasion. It might have been truly said that all the phantoms of the infernal regions had assembled at Jerusalem. The crowd appeared not to walk, but to be borne off and whirled as a vortex, rolling along in living waves from the portals of the Praetorium even into Mount Zion, with howling screams, shrieks, and vociferations such as were never heard in the seditions of the Pannonia, or in the tumults of the forum.

By degrees the day darkened like a winter's twilight, such as had been at the death of the great Julius Caesar. It was likewise the Ides of March. I, the continued governor of a rebellious province, was leaning against a column of my basilic, contemplating athwart the dreary gloom these fiends of Tartarus dragging to execution the innocent Nazarene. All around me was deserted. Jerusalem had vomited forth her indwellers through the funeral gate that leads of Gemonica. An air of desolation and sadness enveloped me. My guards had joined the cavalry, and the centurion, with a display of power, was endeavoring to keep order. I was left alone, and my breaking heart admonished me that what was passing at that moment appertained rather to the history of the gods than that of men. A loud clamour was heard proceeding from Golgotha, which, borne on the winds, seemed to announce an agony such as was never heard by mortal ears. Dark clouds lowered over the pinnacle of the temple, and setting over city covered it as with a veil. So dreadful were the signs that men saw both in the heavens and on the earth that Dionysius the Areopagite is reported to have exclaimed: "Either the author of nature is suffering or the universe is falling apart."

Whilst these appalling scenes of nature were transpiring, there was a dreadful earthquake in lower Egypt, which filled everybody with fear, and scared the superstitious Jews almost to death. It is said Balthasar, an aged and learned Jew of Antioch, was found dead after the excitement was over. Whether he died from alarm or grief is not known. He was a strong friend of the Nazarene.

THE SACRIFICE WAS CONSUMMATED

Near the first hour of the night I threw my mantle around me, and went into the city toward the gates of Golgotha. The sacrifice was consummated. The crowd was returning home, still agitated, it is true, but gloomy, taciturn, and desperate. What they had witnessed had stricken them with terror and remorse. I also saw my little Roman cohort pass by mournfully, the standard-bearer having veiled his eagle in token of grief, and I overheard some of the Jewish soldiers murmuring strange words which I did not understand. Others were recounting miracles very like those which have so often smitten the Romans by the will of the gods. Sometimes groups of men and women would halt, then, looking back toward Mount Calvary, would remain motionless in expectation of witnessing some new prodigy.

THEY ALL SLUNK OFF LIKE COWARDLY CURS

I returned to the Praetorium, sad and pensive. On ascending the stairs, the steps of which were still stained with blood of the Nazarene, I perceived an old man in a suppliant posture, and behind him several Romans in tears. He threw himself at my feet and wept most bitterly. It is painful to see an old man weep, and my heart being already overcharged with grief, we, though strangers, wept together. And in truth it seemed that the tears lay very shallow that day with many whom I perceived in the vast concourse of people. I never witnessed such an extreme revulsion of feeling. Those who betrayed and sold him, those who testified against him, those who cried, "Crucify him! we have his blood," all slunk off like cowardly curs, and washed their teeth with vinegar. As I am told that Jesus taught a resurrection and a separation after death, if such be the fact, I am sure it commenced in this vast crowd.

"Father," said I to him, after gaining control of my feelings, who are you, and what is your request?"

PERMISSION TO BURY JESUS OF NAZARETH

"I am Joseph of Arimathea," replied he, "and am come to beg of you upon my knees the permission to bury Jesus of Nazareth."

"Your prayer is granted," said I to him, and at the same time I ordered Manlius to take some soldiers with him to superintend the interment, lest it should be profaned.

A few days after the sepulchre was found empty. His disciples

proclaimed all over the country that Jesus had risen from the dead, as he had foretold. This created more excitement even than the crucifixion. As to its truth I cannot say for certain, but I have made some investigation of the matter; so you can examine for yourself and see if I am in fault, as Herod represents.

Joseph buried Jesus in his own tomb. Whether he contemplated his resurrection or calculated to cut him another, I cannot tell. The day after he was buried one of the priests came to the Praetorium and said they were apprehensive that his disciples intended to steal the body of Jesus and hide it, and then make it appear that he had risen from the dead, as he had foretold, and of which they were perfectly convinced. I sent him to the captain of the royal guard (Malcus) to tell him to take the Jewish soldiers, place as many around the sepulchre as were needed; then if anything should happen they could blame themselves, and not the Romans.

When the great excitement arose about the sepulchre being found empty, I felt a deeper solicitude than ever. I sent for Malcus, who told me he had placed his lieutenant, Ben Isham, with one hundred soldiers, around the sepulchre. He told me that Isham and the soldiers were very much alarmed at what had occurred there that morning. I sent for this man Isham, who related to me, as near as I can recollect, the following circumstances; He said that at about the beginning of the fourth watch they saw a soft and beautiful light over the sepulchre. He at first thought the women had come to embalm the body of Jesus, as was their custom, but he could not see how they had gotten through the guards. While these thoughts were passing through his mind, behold the whole place was lighted up, and there seemed to be crowds of the dead in their grave-clothes. All seemed to be shouting and filled with ecstasy, while all around and above was the most beautiful music he had ever heard; and the whole air seemed to be full of voices praising God. At this time there seemed to be a reeling and swimming of the earth, so that he turned so sick and faint that he could not stand on his feet. He said the earth seemed to swim from under him, and his senses left him, so that he knew not what did occur. I asked him in what condition he was when he came to himself. He said he was lying on the ground with his face down. I asked him if he could not have been mistaken as to the light. Was it not day that was coming in the East? He said at first he thought of that, but at a stone's cast it was exceedingly dark; and then he remembered it was too early for day. I asked him if his dizziness might not have come from being awakened up and getting up too suddenly, as it sometimes had that effect. He said he was not, and had not been asleep all night, as the penalty was

death for him to sleep on duty. He said he had let some of the soldiers sleep at a time. Some were asleep then. I asked him how long the scene lasted. He said he did not know, but he thought nearly an hour. He said it was hid by the light of day. I asked him if he went to the sepulchre after he had come to himself. He said no, because he was afraid; that just as soon as relief came they all went to their quarters. I asked him if he had been questioned by the priests. He said he had. They wanted him to say it was an earthquake, and that they were asleep, and offered him money to say that the disciples came and stole Jesus; but he saw no disciples, he did not know that the body was gone until he was told. I asked him what was the private opinion of those priests he had conversed with. He said that some of them thought that Jesus was no man; that he was not a human being; that he was not the son of Mary; that he was not the same that was said to be born of the Virgin in Bethlehem; that the same person had been on earth before with Abraham and Lot, and at many times and places.

It seems to me that if the Jewish theory be true, these conclusions are correct, for they are in accord with this man's life, as is known and testified by both friends and foes, for the elements were no more in his hands than the clay in the hands of the potter. He could convert water into wine; he could change death into life, disease into health; he could calm the seas, still the storms, call up fish with a silver coin in its mouth. Now, I say, if he could do all these things, which he did, and many more, as the Jews all testify, and it was doing these things that created this enmity against him — he was not charged with criminal offenses, nor was he charged with violating any law, nor of wronging any individual in person, and all these facts are known to thousands, as well by his foes as by his friends — I am almost ready to say, as did Manlius at the cross: "Truly this was the Son of God."

Now noble Sovereign, this is as near the facts in the case as I can arrive at, and I have taken pains to make the statement very full, so that you may judge of my conduct upon the whole, as I hear that Antipater has said many hard things of me in this matter. With the promise of faithfulness and good wishes to my noble Sovereign,

I am your most obedient servant,

Pontius Pilate.